

instrumentos es la separación conveniente de los hilos de la urdimbre y el ajustamiento de los mismos con la trama (Fig. No. 201). Una vez colocados estos instrumentos, se desata la “lagua”, que vuelve a amarrarse sobre el “tallco”.

Para iniciar el tejido se prepara el “tramador”, que es un palito de regular tamaño sobre el cual se envuelve el hilo a lo largo, dando vueltas longitudinalmente a los extremos, como se ve en la figura No. 201 antes citada. Los “maichaques” se aseguran por sus bocas con fajas o sogas, el uno, a un árbol –que nunca falta alrededor de la casita, ladera o acequia–, y el otro, a la cintura de la tejedora por medio del “partivás”. La tejedora se sienta a una distancia prudencial para poder templar a menudo el telar y facilitar la faena libremente. El “partivás” es un trenzado de cabuya o lana lo suficientemente ancho para evitar que maltrate mucho a la tejedora (Fig. No. 202). Hay casos en que este tejido o trenzado es sustituido por sogas de a cuatro, cosidas una a continuación de las otras a lo largo. A medida que se pasa la trama viene la labor del “roqueado”, que consiste en hacer pasar el cruzamiento de los hilos, levantando la “callua”, para ser luego ajustados por ésta (Fig. No. 203). La labor se hace con una punta de madera fuerte o de hueso que se le denomina “roque”. La “callua”, al levantarse (Fig. No. 204), permite el pase y repase de la trama, al mismo tiempo que, después de los movimientos respectivos para pasar el trenzado, ajusta y forma el tejido poco a poco.

Cuando está para terminarse el tejido, o mejor dicho, cuando por uno de sus extremos se ha avanzado mucho, se invierten los “maichaques”. El que estaba sujeto al árbol pasa alrededor de la cintura femenina y el otro rodea el árbol. Esta operación se hace con el fin de poder “pallar” bien el tejido (empalmarlo). Para esto se saca entonces el “chugay” y se rige entonces del entrecruzamiento del urdido. Desde este momento se emplea una “calluita” mucho más delgada y fina que la anterior, por requerirlo así la distancia tan pequeña del urdido, que se va acortando cada vez más. Ésta se reemplaza luego por una aguja grande, a continuación por una aguja de arriero, hasta quedar un espacio que sólo permite el empleo de una aguja pañetera, que es la última que pasa “pallando” completamente al tejido y con la que se finaliza la

labor. Terminado el tejido se corta “mitad” para coserlo si se trata de un “poncho”.

La costura tiene también su técnica especial, denominada de “palmita”, que junta las partes sin que se sobrepongan. Una vez así, queda el poncho listo para ser ribeteado con raso o tela de lana. Antes de someterse a la costura, el poncho es “perchado” con un “perchador”, formado de cardones para sacarle el pelo.

Hecha la descripción, volvamos ahora a la pictografía que hemos presentado para su comparación: el telar que tienen las tejedoras mochicas es el mismo. Ciertamente faltan detalles referentes al “tallco”, “callua”, “chugay” y demás, pero en cambio veremos claramente “maichaques”, “tramador”, “partivás” y demás, que entablan una analogía concluyente. También hay que tener presente que el artista mochica jamás se detuvo en los detalles mínimos. Supo expresar sus escenas con gran vivacidad artística y en sus aspectos de mayor importancia e interés. Con la observación de la pictografía y las ilustraciones que se acompañan de las modernas tejedoras, llegamos siempre a entablar puntos de contacto irrefutables y a comprender verdaderamente la supervivencia de esta hermosa costumbre y técnica textil. Ésta creó verdaderas maravillas, que ya hemos admirado muchas veces en las famosas telas traídas de las necrópolis de Cerro Colorado, donde el calor y sitio aparente en que fueron almacenadas han permitido que se conserven intactas.

Estos mismos puntos de contacto los tenemos con los chimús, cuyo instrumental (Fig. No. 205) y telas exhumadas (Fig. No. 206) son pruebas intachables de la técnica mochica, heredada por ellos y transmitida hasta nuestros días, para seguir creándose tejidos que llevan el aliento del alma indígena estampada fielmente, lo que les da un alto valor histórico, tanto, que son buscados afanosamente por los investigadores y turistas, que pagan elevados precios por ellos.

Mayor acopio en favor de la supervivencia nos da el canasto con instrumentos y obras primarias textiles perteneciente a la cultura Chimú (Fig. No. 207). La canastita que tiene forma cúbica está hecha de la combinación de caña brava, junco y ramas finas de madera fuerte de la región, e inteligentemente tramadas y sujetas con hilos de algodón cubierto con una capa de materia oleaginosa de color negruzco. Dentro de



Fig. No. 205.- Maichaque de madera de algarrobo de la cultura Chimú, con un canal hábilmente horadado en su parte central, que contenía frutos esféricos para llevar cuentas. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XST-003-A19)

ella se encontraron “ovillos” enroscados en la típica forma, que todavía se usa hoy, y los husos decorados de diferentes calibres con sus respectivos “piruros”, según la clase de hilo que debía formarse, con la particularidad de tener en uno de sus extremos una bolita labrada sobre el mismo cuerpo del huso. Se hallaron también estacas destinadas a la labor del urdido y tramadores pequeños, sin faltar los “maichaques” de tamaño reducido. Todos los instrumentos están hechos de madera fuerte, con predominio del algarrobo, que tanto se dio por estas tierras. Los hilos son delgadísimos; existen unos atorzalados, cuyo grosor es inferior a un milímetro. Tales pruebas delatan una habilidad suma en el hilado. En efecto, hay hilitos tan finos que asombra pensar que hayan sido hechos a mano.

En cuanto se refiere a los colores, en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera tenemos muestras prehistóricas del rojo, negro, verde y azul. Creemos, sin

embargo, que en sus tejidos los mochicas utilizaron toda una gama de colores que les fue proporcionada por la naturaleza, que obtuvieron ya sea de productos minerales, vegetales o los animales. Entre las telas chimús hay gran policromía; por eso creemos también decididamente que se emplearon tanto ayer como hoy.

La cochinilla (*Pilcay*); el cocimiento del insecto seco y machacado proporciona un tinte carmíneo muy brillante.

El achote (*Bixa Orellana*); el cocimiento de los frutos proporciona un color rojo.

El lloke (*Pineda Incana*); la corteza fresca hervida proporciona un tinte rosa oscuro. Cuando se emplea seca se obtiene un tinte más oscuro, habano.

La taya (*Cae Alpine Tinctorea*); los frutos hervidos proporcionan un tinte plomo. El cocimiento de la corteza da un plomo oscuro.

El nogal; el cocimiento de la corteza proporciona un tinte siena oscuro; el cocimiento de las hojas, un tinte menos intenso, y el cocimiento de los frutos, un tinte claro.



Fig. No. 206.- Admirable pieza de arte textil chimú, encontrada en el norte del Perú.
Colección Muelle



Fig. No. 207.- Caja de carrizo chimú con multitud de instrumentos para la textilería que prueban la influencia de los mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XST-005-012)

El faique, fruto del “pai pai”, cuyo cocimiento proporciona un tinte negro. Actualmente es muy usado en Moche.

Y otros vegetales más que proporcionaban lindos y variados colores. No fueron desconocidos tampoco los tintes que proporcionan los animales marinos, moluscos y otros, en sus colores púrpura y sepia.

Para concluir, será necesario dejar constancia de que

en la labor del tejido hoy se usa un procedimiento que antiguamente fue igual, y que es como sigue: arrancada la lana de los animales, es inmediatamente lavada con agua caliente para desengrasarla; luego se le somete al vareamiento sobre un “pellejo de guacho” para separar la lana suave de la “llamba” o “songa” (áspera), que sólo se emplea para el “virve” de los cortes o bayetas. Bien vareada se entrega a la labor del escarmenamiento, que

la realizan generalmente las niñas, a fin de ponerla en condiciones de hilarla, previa formación de los “copos”. Estos copos miden la diligencia y la laboriosidad de las muchachas. Mientras mayores sean sus copos y a cada nuevo día tengan otros, se les quiere y se les admira más. La tarea del hilado es muy delicada y tiene muchas especialidades. No se hila lo mismo para alforja que para poncho o frazada. Los “virves” y las tramas de cada prenda a confeccionar tienen su peculiar manera de factura, que depara, como repetimos, especialidades. Hay personas que se dedican únicamente a hilar “virves”, cuya perfección es admirable. Las labores del hilado están casi siempre compartidas con las faenas del pastoreo, de los viajes largos o de la ida al pueblo. La india atraviesa las distancias gustosa cuando lleva a su cinto la rueca, y en “quepe”, la lana suficiente para ir formando sus copos a medida que los primeros se convierten en ovillos.

Cuando se trata de la confección de cortes, frazadas y costales, el hilado es simplemente de a uno. En cambio, cuando se trata de ponchos, alforjas, fajas y demás, se atorzala el hilo. Para esto, los ovillos que se sacan de uno de los “copos” se juntan de a dos para formar ovillos mayores que son atorzalados después con el auxilio del huso. En el hilado se observan dos maneras que hasta la fecha son practicadas por los habitantes de la región; a una la llaman “hilado parado” (el huso es manejado en posición vertical), y a la otra “hilado echado” (el huso en posición horizontal). En la primera manera se tuerce el material siguiendo una curva helicoidal de paso largo, y el hilo así obtenido se emplea en la ejecución de tejidos finos, y también sirve para preparar urdimbres. En la segunda manera, se tuerce el hilo en una curva helicoidal de paso corto, y el hilo que resulta se emplea en la factura de tejidos gruesos y en la ejecución de la trama. Además, se da la particularidad de que cuando el huso gira en posición vertical, el torcido se verifica de izquierda a derecha; y cuando gira en posición horizontal el torcido se verifica al contrario. Por este motivo no es posible la obtención de hilos dobles o triples (cordoncillo), hilado empleado que se ha ejecutado de maneras diferentes.

Los hilos preparados en sus diferentes formas, según sus fines, son sometidos al tinte que se hierve en grandes pailas. Los colorantes son vegetales muy

conocidos y estimados, y se tiene hoy preferencia por las anilinas que se venden en las tiendas. Antes de teñir los hilos son reducidos de ovillos a madejas que se forman alrededor de las rodillas. Después de teñidas se lavan en el río para “desaguarlas” y se ponen a secar las madejas, que luego serán ovilladas de nuevo para entregarlas listas a las tejedoras que se encargan del urdido y demás faenas. Todos los trabajos de este arte requieren no solamente laboriosidad, sino también hay que poner mucha diligencia para que el hilado sea perfecto, el tinte hermoso y duradero, el tejido fuerte y digno de alabanza. Por los ponchos de los maridos se deduce la clase de mujeres que tienen. No es raro oír por allí, entre los indígenas: “Pobri'ombre, qué mujer tan corota que lia tocao”, exclamación irónica cuando se trata de un individuo mal cubierto.

En las tumbas mochicas, especialmente de mujeres, en las que se han encontrado utensilios del arte textil, hemos hallado trozos de arcilla blanca finísima de forma cónica o cilíndrica por lo general, como los que aparecen en la figura No. 208. Los antiguos peruanos utilizaban este polvo a menudo para untarse los dedos con los que torcían los hilos más delicados. Con esta ayuda podían imprimir gran velocidad a los husos. Posiblemente los trozos eran cilíndricos al principio, pero con el tiempo se desgastaban por el continuo pasar de los dedos, y quedaban de forma cónica.

También se han encontrado en algunas tumbas los peines que aparecen en la figura No. 209. Hechos de espinas, se mantenían los dientes separados unos de otros y en el mismo plano por un tejido especial que se urdía alrededor de ellos. Se daba fortaleza al implemento por medio de pedazos de caña, asegurados transversalmente a ambos lados de las espinas. Estos peines eran utilizados especialmente para separar los hilos en el momento de tejer.

En la antigüedad se utilizó para los tejidos el algodón pardo y el blanco nativo, la lana de llamas, vicuñas y alpacas. Sin embargo, teniendo en cuenta la poca adaptación del algodón en la región norteña, no creemos que se haya desarrollado tanto el arte textil como en Paracas, donde las condiciones del terreno y la ausencia de terribles plagas permiten un crecimiento del algodón sin mayores cuidados. Son tierras ciertamente privilegiadas.



Fig. No. 208.- Trozos de arcilla blanca fina, usada por las tejedoras para facilitar su labor.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XST-003-A13; XST-003-A21)

El algodón pardo, que ha perdido su auge casi totalmente, sigue aún cultivándose amorosamente por algunos indígenas costeños (mocheños, viruñeros, entre otros), cuyas mujeres lo utilizan para hacer hilos finos que juntan en madejas para amarrarse el pelo alrededor de la cabeza, así como para fines terapéuticos.

No podemos dejar de mencionar en este acápite la tela que aparece en la figura No. 210, perteneciente al

Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera, obra monumental del arte textil, llevada a cabo por los pobladores de Paracas. Exhibida en los grandes museos de Europa y Estados Unidos, es hoy considerada por su técnica, colorido y el simbolismo de las escenas que forman la guardilla, como el exponente máximo del arte textil de las culturas antiguas del mundo. Son ya muchos los libros que se han escrito sobre esta